

Institute for Christian Teaching
Instituto de Educaci3n Cristiana

LA ETICA CRISTIANA EN LAS RELACIONES INTERPERSONALES
EN EL CONTEXTO DE UN COLEGIO O UNIVERSIDAD ADVENTISTA

por

Marcelo Carvajal Alvarez

Asociaci3n Central de Chile
Santiago, Chile

Trabajo preparado para el Instituto de Educaci3n Cristiana
140. Seminario de Integraci3n de Fe y Enseñanza/Aprendizaje
realizado en la Universidad Adventista del Plata, Argentina
16-28 de enero de 1994

174-94 Institute for Christian Teaching
12501 Old Columbia Pike
Silver Spring, MD 20904 USA

INTRODUCCION

Las instituciones adventistas estàn llamadas a ser diferentes de cualquier otro tipo existente, pues en la perspectiva de la cosmovisiòn bÌblico-cristiana, la educaciòn "es la tarea mäs delicada asumida alguna vez por hombres y mujeres". Por ello, se torna indispensable el hacer realidad en el proceso educativo la integraciòn fe-enseñanza/aprendizaje.

Esta integraciòn no es algo que se requiera exclusivamente para los aspectos puramente acadÈmicos o para las actividades dentro del aula, sino que debe aplicarse a la totalidad de las actividades de una instituciòn educativa adventista, atendiendo al hecho de que al proceso educativo concurren tanto factores bÌlicos como extrabÌlicos. Entre estos ùltimos adquieren especial relevancia las relaciones entre los diversos participantes del proceso educativo, si se recuerda que fue precisamente por medio de su relaciòn personal que Cristo dejò su sello en los colaboradores que escogiò.

El fenòmeno educativo es, en ùltimo tÈrmino, un proceso de desarrollo de las potencialidades originales, pero un desenvolvimiento que recibe el apoyo indispensable de un educador comprometido con el proceso en su calidad de facilitador del aprendizaje. Este educador ha de "ayudar" al educando a descubrir y hacer propios los principios integradores que habrán de conformar su personal cosmovisiòn, su propio sentido de la vida y guiarle en la elecciòn de aquellos contenidos culturales de interÈs social que resulten coherentes con su postura personal y con una cosmovisiòn bÌblica cristiana. Para ello, es fundamental que el educador ofrezca al educando una escala de valores, de una parte, y una acciòn consistente con ella, de otra, expresada en un interacciòn marcada por los principios de la Ètica cristiana.

El propòsito del presente ensayo es resaltar la importancia de las relaciones interpersonales entre los agentes del proceso educativo, dentro y fuera del aula, y la necesidad imperiosa de que los principios de la Ètica cristiana rijan dichas relaciones, a objeto de que se revele consistencia con los principios establecidos por Cristo y que aumente la probabilidad de alcanzar el fin ùltimo de la educaciòn adventista, a saber, la redenciòn del educando.

Este trabajo es motivado por las conclusiones alcanzadas en una pequeña investigaciòn hecha por el autor en 1990 (Tesis para optar al grado de Magister en Educaciòn, Universidad de Chile), en la cual se consultò la percepciòn que egresados de instituciones adventistas de nivel medio (secundario) tienen del "clima" vivido durante su permanencia en ellas por un mÌnimo de cuatro aÑos. El cuestionario aplicado y las principales conclusiones se incluyen al tÈrmino de este ensayo (ver ApÈndice).

Importancia de una concepción antropológica cristiana

Toda acción educativa se fundamenta en una concepción antropológica filosófica, la cual precisa la meta última que se sostiene como válida y deseable. La filosofía educacional adventista se configura a partir de una concepción de hombre como persona que se caracteriza por su identidad única y original, que se desarrolla, sin embargo, en el contacto con los demás, expresando todas aquellas potencialidades de que le dotara el Creador.

Tal concepción del hombre debe traducirse en un enfoque curricular que provea oportunidades para que el alumno logre aprendizajes significativos e interactúe con el ambiente y con los demás; que le facilite el camino hacia su autorrealización en los planos afectivo, social e intelectual; que permita al alumno adquirir confianza en sí mismo; que favorezca el desarrollo de sus capacidades para enfrentar creativamente los interrogantes que se formulen; que le posibilite la autonomía necesaria para ser libre y responsable, rigiéndose por normas y principios que no le han sido impuestos, sino que se han internalizado como valores propios. En otras palabras, un enfoque curricular que responda a nuestros postulados filosófico-religiosos, que visualizan al hombre como criatura originada en un acto creador de la Divinidad y objeto de un maravilloso plan de redención que busca devolverle la plenitud primigenia perdida.

Nuestro tiempo, época de incesantes y vertiginosos cambios y umbral del siglo XXI, requiere de una revisión permanente de nuestros valores y actitudes y de un constante perfeccionamiento de nuestras formas de comunicación interpersonal. El rumbo errado que nuestro mundo ha tomado hacia la despersonalización debe llevarnos a una profunda reflexión sobre la búsqueda del hombre por el sentido de la vida y de las cosas y sobre su unicidad y singularidad como ser humano. Así, el rol de la educación resulta ser más importante que nunca, pues en su dimensión de proceso permanente está llamada a resguardar la esencia de lo humano frente a la vorágine tecnológica. El proceso educativo representa, en la actualidad, un enorme desafío y demanda de los profesores optimizar su quehacer profesional y establecer relaciones interpersonales cada vez más profundas con sus alumnos.

La instituci3n educativa como ambiente

"El que trata de transformar a la humanidad debe comprender a la humanidad. Solo por la simpatía, la fe y el amor pueden ser alcanzados y elevados los hombres" (1).

¿Cuál es la connotación que debiera asumir una acción educativa que concibe al alumno en una dimensión horizontal en su relación con los otros hombres y en una dimensión vertical en relación a Dios? ¿Cómo se organiza y funciona una institución educativa donde cada ser humano debe desarrollarse integralmente en todas sus potencialidades y no meramente desarrollar aquellas habilidades necesarias para adaptarse a su entorno?

Toda la comunidad educativa debe clarificar sus valores y asumirlos en cada una de las actuaciones escolares, brindando a cada uno de sus miembros la oportunidad de participar en el proceso de valoración y de vivencia de aquellos valores que ennoblecen la existencia humana, que tienen profunda relación con el amor entre los seres y que responden a su íntimo anhelo de trascendencia. ¿Cómo puede lograrse esto? Una primera respuesta sería incentivando que la escuela gestara un ambiente que facilitara y promoviera la vivencia de los valores compartidos por toda la comunidad educativa; además, favoreciendo un clima que hiciera sentir a cada uno de sus miembros que es realmente una persona.

Este clima, que llamaremos "clima escolar", se puede ver en el modo de llevarse a cabo las actividades instruccionales, recreativas, sociales, espirituales, etc.; en el mayor o menor número de normas y reglamentos y, sobre todo, en la manera de interrelacionarse cada uno de los miembros de la comunidad educativa. Por ejemplo, ¿qué grado de proximidad hay entre los alumnos, los profesores y el director? ¿Están físicamente a gusto o tirantes y tensos? ¿Con qué frecuencia manifiestan su afecto con sonrisas, guiños de ojos o palmaditas en la espalda? ¿Atraviesan los alumnos los pasillos en silencio y tratando de no molestar, o caminan libremente denotando que sienten el edificio como suyo? ¿Muestran los alumnos reticencias a acercarse a un grupo de miembros del personal? ¿Les cuesta a los profesores incorporarse a un grupo de alumnos? ¿Cómo se relacionan los alumnos entre sí? ¿Están callados, formales y distantes o hablan y ríen espontáneamente? ¿Con qué frecuencia se suscitan peleas entre ellos? ¿Es el profesor el que organiza y dispone todos los detalles de la clase y la pone en funcionamiento? ¿Están los asientos distribuidos de manera de facilitar la interacción o según la conveniencia de la disciplina? ¿Muestran los alumnos interés en lo que hacen? ¿Trabajan en equipo?

Claves para un clima apropiado. Si bien son muy importantes la preparación profesional, el bagaje metodológico, la infraestructura del local escolar, los planes de estudio, el contar con recursos materiales adecuados, etc., hay dos factores que resultan vitales: establecer apropiadas relaciones humanas y mantener una actitud general de respeto por las

personas. Sólo cuando estos factores están presentes en la vida escolar o académica es dable esperar que las actitudes y las actividades de los educadores y de cada uno de los miembros de la comunidad educativa fomenten verdaderamente un aprendizaje significativo y el desarrollo de la personalidad en términos de una rica vida interior. No debe olvidarse que los jóvenes llevarán consigo las influencias recibidas en su educación escolar. En una institución adventista no hay cabida para quienes son groseros y ásperos, sin mucha consideración para con los sentimientos ajenos. Por el contrario, las características de los miembros del personal, en especial de los directivos, son (tienen que ser) otras:

"La vida desinteresada, el espíritu generoso y abnegado, la simpatía y el amor de aquellos que ocupan puestos de responsabilidad en nuestras instituciones, debieran tener una influencia purificadora y ennoblecedora que sería elocuente en la realización del bien."(2)

Es posible señalar algunos "ingredientes" para la creación de un clima escolar adecuado: objetivos compartidos por cada uno de los participantes en el proceso educativo, un alto grado de confianza y apoyo entre los miembros del personal, comunicación y apertura entre ellos y para con los estudiantes, equilibrio de influencia entre los profesores, disposición a ver a los alumnos como seres curiosos y deseosos de aprender y de aceptar los retos que supone un aprendizaje significativo, autoridades que sean vistos -por toda la comunidad educativa- como personas dispuestas a apoyar y colaborar y, finalmente, ocasión de que los alumnos vean relaciones de apoyo mutuo entre todos los miembros de dicha comunidad.

En este contexto, el director o presidente puede abandonar la figura tradicional como generador de todas las decisiones, que impone en cumplimiento de órdenes, para dar paso a un intento de incluir en el procedimiento de tomar decisiones a todo el resto de la comunidad educativa, variando el margen de participación según el grado de responsabilidad que cada estamento (profesores, padres, estudiantes, administrativos, etc.) tenga en el proceso educativo. ¿Acaso un cierto grado de participación en la toma de decisiones no favorecería un mayor compromiso con los fines y metas de la institución?

E. White señala que en toda verdadera educación es esencial la relación personal, situación que Cristo ejemplificó enseñando a sus discípulos por el trato y la asociación personales (3). La concepción cristiana implica que la relación interpersonal revista características muy determinadas. En efecto, la condición de criaturas de Dios que comparten profesores y alumnos asigna a esa interrelación una perspectiva diferente a la tradicional. En ella, es el sujeto el que tiene que - de acuerdo con su nivel de desarrollo psicobiológico - actuar, decidir y desarrollarse en forma personal e insustituible y a partir del cual deben organizarse y realizarse las diversas actividades, plantearse objetivos, seleccionarse contenidos, etc.

El sujeto persona que es el alumno tiene necesidades básicas de diversa índole: psicológicas, emocionales, intelectuales, sociales, espirituales. Cuando el profesor se preocupa no solamente de impartir instrucción, sino que atiende realmente a esas necesidades, se fortalece la relación interpersonal, lo cual se reflejará en un mejor logro de los objetivos académicos y en la configuración de un clima escolar caracterizado por los principios y valores cristianos. Este clima debe manifestarse tanto en el currículum explícito como en el currículum escondido; desafortunadamente, en esta segunda dimensión con frecuencia se aprecian inconsistencias con la filosofía educacional adventista: renuencia al diálogo franco y abierto, gestos o actitudes de ira o de rechazo, prohibiciones a los alumnos de acceder a determinados lugares "reservados", vigilancia excesiva durante exámenes, normas disciplinarias enfocadas más a lo punitivo que a lo formativo, etc.

En nuestras instituciones educacionales es dable esperar una visión de una comunidad educativa comprometida con el aprendizaje mediante sus interacciones mutuas, donde no se juzga a priori a los alumnos como carentes de responsabilidad y de autodisciplina, sino que se cree en ellos como personas perfectibles. El profesor cristiano debe preocuparse del desarrollo de la autonomía y crecimiento personal, individual y socialmente. El hecho de contar con una cosmovisión cristiana como trasfondo del quehacer educativo supone al docente ser un testimonio vivo de la realidad de Cristo y sus enseñanzas en el tratamiento de su disciplina de estudios; en su estilo de vida; en su aceptación del alumno como persona y su necesidad de reconocimiento; en los métodos, técnicas y actividades favorecidos en el aula y, en especial, en su interrelación con el resto de los actores del proceso educativo.

La relación profesor-profesor. La relación entre los docentes es también de importancia, pues las amistades entre los miembros del personal repercuten en los miembros individuales, en sus sentimientos y en sus niveles de vitalidad, afectando posteriormente a las interacciones profesor-alumno. La seguridad y el estímulo recibidos de sus colegas fortalece la autoestima del docente y acrecienta las posibilidades de similares interacciones entre los propios estudiantes.

Un colegio o universidad en donde se manifiesten relaciones tensas, distantes o incluso competitivas entre el profesorado, probablemente hará que los estudiantes tiendan a ser aislados e inquietos y -obviamente- será muy difícil que se cree un ambiente de calidez y confianza. Es por ello que sería mejor propiciar actos de apertura, relaciones de apoyo y ayuda mutuos, una crítica constructiva honestamente expresada, el abandono de los comentarios negativos, etc.

Las normas. A fin de favorecer relaciones interpersonales consonantes con una ética cristiana, conviene contar en la institución con normas compartidas, esto es, no simplemente reglamentos impuestos por las instancias administrativas o por

docentes de autoridad, sino actitudes surgidas del o aceptadas por el grupo y que se comparten con los demás.

Si educadores y educandos se comportan a la altura de las normas corporativamente autoimpuestas, inscritas en el contexto de nuestro marco filosófico y de nuestro ideario pedagógico, atendiendo a las expectativas de cada uno de los participantes, el clima de aprendizaje será seguro, estable, comprensible y razonable para todos los participantes. Ello implica privilegiar normas que fomenten el acercamiento, la espontaneidad, la apertura, la confianza en el otro, la autenticidad, la solidaridad y la responsabilidad personal. Por ejemplo, las normas disciplinarias pueden incluir una conversación con los infractores, un intento de lograr el reconocimiento de la falta y determinación de la eventual sanción por los propios afectados.

Por consiguiente, deben cuidarse las relaciones de autoridad, la definición de roles, las redes de comunicación, la participación amplia en la toma de decisiones, etc. No propongo una gestión de co-gobierno, en que los estudiantes poseen igual nivel de autoridad que los administradores, sino tan sólo un clima escolar y una administración educativa ajenos al autoritarismo, caracterizados por una actitud abierta, flexible y de confianza en el otro. Más aún, según la orientación del espíritu de profecía, la atmósfera de una institución educativa adventista debiera ser señaladamente religiosa y el espíritu de Cristo debiera manifestarse en la enseñanza impartida:

"Muchos piensan que esto es imposible, pero toda escuela debiera comenzar con esto en mente y trabajar fervorosamente para reservar el espíritu de Cristo en la ecuanimidad, en las comunicaciones, en la enseñanza, en los maestros colocándose como canales de luz donde el Señor pueda usarlos como sus agentes, para reflejar su propia semejanza de carácter en los estudiantes" (4).

Lo anterior significa que la influencia a ejercer por parte de la institución debe ser diferente, rechazando la influencia del mundo, que estimula la gratificación de los sentidos, el orgullo y la ambición, y favorece la rivalidad a través de recompensas y honores por comportamiento o rendimientos destacados.

Relaciones entre estudiantes. En lo que respecta a la relación alumno-alumno, los estudiantes deben manifestar la sociabilidad cristiana, "un interés y disposición sociable para con aquellos que se hallan en la mayor necesidad, aun cuando los tales no sean sus compañeros preferidos." (5). En el internado escolar, por ejemplo, hay preciosas oportunidades de aprender que pierden muchas bendiciones quienes se encierran en sí mismos, negándose al compañerismo (6). ¿No sería hermoso contar con un sistema de "monitores de estudios" voluntarios en el cual aquéllos que muestran buen rendimiento académico ayuden a compañeros (seleccionados aleatoriamente) con sus asignaciones o exámenes?

La ética cristiana en el proceso de enseñanza/ aprendizaje.

Toda institución educativa adventista, si ha de ser fiel a su planteamiento filosófico educacional y a la cosmovisión bíblica cristiana que lo sustenta, favorecerá un proceso de orientación tendiente a la solución de los problemas, intentando tener en cuenta las diferencias individuales, considerando las características y necesidades psicológicas de cada individuo, como también sus sentimientos y metas personales a la hora de planificar y ejecutar el proceso de enseñanza/aprendizaje. Es su obligación y responsabilidad proporcionar las oportunidades necesarias para el desarrollo de conocimientos y destrezas. Sin embargo, cuando se descuida o ignora la importancia de las relaciones interpersonales en el aprendizaje y, en cambio, se manifiestan relaciones superficiales y distantes, marcadas por la hostilidad o el poco interés, o aun carencia de respeto mutuo entre los miembros de la comunidad educativa, los objetivos del desarrollo cognitivo y conductual se ven obstaculizados y el aprendizaje de valores y actitudes cristianas no se produce.

Los métodos de enseñanza de Cristo reflejaban su conocimiento de la naturaleza y conducta humanas y la aplicación de sólidos principios de enseñanza. A fin de que Cristo represente efectivamente el modelo a seguir, la comunicación entre docentes y estudiantes debe inspirarse en los métodos y en las formas de relacionamiento empleadas por Jesús. La relación del profesor con el alumno como sujeto que aprende es más importante que los contenidos y habilidades a enseñar.

Según Deuteronomio 6:6-9, la clave para lograr los aprendizajes deseados radica en relaciones interpersonales adecuadas, que presupongan una atmósfera favorable para el aprendizaje y en un proceso educativo en el cual educador y aprendiendo deben compartir vivencias, las experiencias de la vida cotidiana. El ideal es que los estudiantes puedan ver en sus maestros a verdaderos amigos, cuyo juicio experimentado es aconsejable respetar. Una interacción tal se verá facilitada con profesores que disfruten enseñando, que se muestren deseosos de estar en contacto con sus alumnos, que se gocen apoyándolos y compartiendo sus éxitos y fracasos.

¿Creatividad o conformismo? Debiera prevalecer en el aula un sistema basado en la discusión con la participación activa de todos, en procesos de interacción y en el diálogo como forma ideal de comunicación, un ambiente, en fin, cálido y cordial en que sean desterrados el miedo y la ansiedad. Esto puede significar, tal vez, abandonar la tradicional distribución de los asientos para una clase frontal, pues tal distribución no favorece la interacción entre los alumnos y entre profesor y alumnos. ¿No sería mejor permitir que los alumnos se ubiquen como prefieran, en tanto que el profesor va de grupo en grupo (o de individuo en individuo, si así lo escogieren) ayudando, orientando y animando a participar?

No es inusual, sin embargo, ver en nuestras aulas una estructura de corte verticalista en que las decisiones se toman unilateralmente. Las estrategias empleadas para sostener esta estructura son el empleo de calificaciones y de métodos punitivos, además de una situación de comunicación en que el docente aparece como único transmisor y los alumnos como meros receptores de los objetivos y contenidos determinados por aquél. Esto no está bien. La educación cristiana debe realizarse como un proceso capacitador que proporciona los medios para el desarrollo personal a través del autodescubrimiento. Los alumnos necesitan ser confrontados con experiencias de aprendizaje que resulten estimulantes, de modo que no se tornen receptores pasivos y ocasionales, sino verdaderos buscadores de conocimientos.

En el aula es fácil descubrir que hay alumnos que aprecian mejor el enfrentar ciertas situaciones escolares individualmente y no en actividad grupal, en tanto que otros se sienten más seguros trabajando en grupos. Del mismo modo, hay quienes optan por seguir el camino trazado por el profesor en su estrategia instruccional, mientras que otros agradecen que se les permita buscar su propio camino hacia el aprendizaje. A la luz de las orientaciones del espíritu de profecía, podemos ver con claridad que el proceso de enseñanza/aprendizaje debe consistir en una liberación de la curiosidad, en permitir que los alumnos desarrollen su sentido de investigación, que cuestionen y evalúen por sí mismos, en abrir todo a la pregunta y la exploración. Sólo así será posible que lleguen a ser "pensadores y no meros reflectores de los pensamientos de otros hombres." (7)

El comportamiento de los profesores puede determinar cierta presión hacia el conformismo si - aun inconscientemente- estimulan las reacciones coincidentes con lo que ellos esperan y rechazan las respuestas contrarias. De esta manera se sofoca la creatividad, ya que se obliga a los alumnos a conducirse por un único camino. Debemos, pues, dejar la puerta abierta a la búsqueda de otras formas de solucionar problemas planteados y estimular a quienes emprenden esta dirección.

En la medida que profesores y alumnos expresen aprecio y confianza mutuos, que unos y otros sean capaces de ponerse en el lugar del otro y ver las cosas desde el punto de vista del interlocutor, habrá más posibilidades de que la creatividad -ese magnífico don divino- se desarrolle en plenitud. Cuando esto ocurra, indudablemente se producirá un clima liberador que estimulará el aprendizaje auto-iniciado, sin necesidad de recurrir a exigencias, amenazas o estímulos externos.

En definitiva, lo que importa es que todos los alumnos lleven a cabo su propio aprendizaje, incluyendo a los más lerdos, inquietos o perezosos. Esto se logra a través de la comunicación de información, afecto y expectativas, estableciendo metas concretas planteadas por los sujetos agentes del aprendizaje, utilizando metodologías activas que brinden oportunidad de aprender haciendo más que observando, pero, por sobre todo, creando un clima genuino de confianza, apertura y autenticidad

que promueva en el educando la expresi3n genuina de su interioridad.

La 3tica cristiana nos dice tambi3n que no debemos caer en el error de preocuparnos preferentemente de los alumnos de "buen rendimiento" o de "buena conducta", porque son los que presentan dificultades en su aprendizaje los que m3s requieren de nuestro apoyo. ¿No ser3a extraño que en un hospital se dedicara m3s tiempo a los enfermos menos graves que a los m3s graves, o que un programa de nutrici3n entregara m3s recursos a los ni os bien alimentados?

Libertad con responsabilidad. Un dirigismo exagerado dificulta el que se alcancen los objetivos propuestos. El dirigismo no enseña a los estudiantes a autodeterminarse; mas bien, sus acciones se producen en respuesta a las 3rdenes o exigencias de sus maestros, sin tener entonces una experiencia personal de sus propias cualidades, habilidades y errores. No tienen posibilidad alguna de aprender un uso razonable de las libertades que se les conceden. Los alumnos de los cursos superiores podr3an tener, quiz3s, un rol m3s activo en los asuntos curriculares (a nivel del aula), no as3 en los de 3ndole administrativa. Cuando se ejerce excesivo control no se est3 enseñando a ser independientes ni a actuar con abundancia de recursos, ni a aplicar una estrategia de resoluci3n de problemas: no se est3 enseñando a pensar. No es que el profesor deba renunciar a su funci3n orientadora del aprendizaje, puesto que el alumno no est3 en condiciones de elegir totalmente el trabajo escolar, ni mucho menos caer en un liderazgo del tipo "laissez-faire".

Es importante destacar que las relaciones humanas satisfactorias implican la presencia de la autodeterminaci3n del sujeto como valor esencial; vale decir, el que los alumnos tengan la oportunidad real de determinar por s3 mismos su propia vida, de hacer sus personales elecciones y decisiones, de actuar en forma consecuente; no coaccionados, pero s3 orientados, guiados o aconsejados, de tal manera que lleguen a adoptar nuestra cosmovisi3n b3blica cristiana como fruto de una personal elecci3n y no de una imposici3n de nuestra parte.

Es cierto, directivos y maestros suelen verse asaltados por temores ante la idea de otorgar alg3n margen de libertad a los estudiantes: "¿la usar3n con sensatez?", "¿no abusar3n de la libertad concedida?", "¿no se producir3 un caos?", "¿no habr3 serios problemas disciplinarios?". Si se hace gradualmente y con adecuada orientaci3n, no dej3ndolos solos, provey3ndoles nosotros un testimonio cristiano genuino, los j3venes sabr3n crearse su propia escala de valores y actuar3n en la forma deseada.

El principio de la autodeterminaci3n - enmarcado dentro de los l3mites de las normas y del marco filos3fico institucional - ayuda a que los estudiantes, como personas en proceso de maduraci3n psicol3gica, puedan aprender a decidir por su cuenta sobre s3 mismos y sobre sus vidas y a hacer un uso correcto y responsable de su libertad, respetando tanto a la persona como

los derechos de los demás. Esto no significa libertad para hacer lo que se quiera, pues es una libertad controlada por la comunidad educativa.

¿De qué manera puede expresarse la autodeterminación de los estudiantes en el aula? Incentivando su espontaneidad, la libre expresión de sus sentimientos, emociones e ideas, dentro de un marco de respeto y tolerancia recíprocos. No sometiéndolos a una excesiva dirección y determinación de sus actividades; permitiéndoles expresar sus propios sentimientos e ideas, siempre que el hacerlo no humille a otros y no perjudique sus facultades psíquicas; velando por que no se sientan amedrentados, amenazados, humillados o despreciados por otros. Esto significa que antes que las órdenes, instrucciones y reglamentos se prefieran el diálogo, las peticiones y los consejos; que se fomenten el trabajo grupal y el individual de libre elección en reemplazo de la clásica lección expositiva; en suma, la preferencia por aquellas actividades seleccionadas en conjunto por alumnos y profesores, aun cuando pueden haber sido sugeridas por estos últimos, de modo que se favorezca el desarrollo de procesos psíquicos tales como la autoestima, la apertura, el autoconcepto y la adopción propia de valores.

Algunos autores afirman que "parece razonable suponer que los individuos que creen que participan en la escuela por su propia voluntad están mejor motivados, aprenden más y retienen más tiempo lo que han aprendido que aquellos que consideran su participación obligada y se sienten coaccionados. Los que actúan de la primera forma se interesan por las actividades personalmente y las convierten en algo fundamental para ellos, algo destacado; les prestan más atención y las realizan deliberadamente." (8)

En verdad, el conceder espacios de participación al interior del aula (aunque tan sólo sea dar cabida a sugerencias y peticiones) no debe ser mirado como una amenaza a la posición de los directivos o de los docentes, sino como una valiosa muestra de flexibilidad por parte de éstos. La autoridad puede y debe ejercerse con dignidad. Los maestros deben ser firmes y resueltos, pero sin caer en la severidad o el despotismo. De paso, constituye un error el negarse a aceptar sugerencias que puedan provenir del estamento estudiantil por el solo hecho de su condición de tales. El consejo inspirado es claro:

"El trato continuo con personas inferiores en edad y preparación mental tiende a hacer que el maestro se aferre tenazmente a sus derechos y opiniones y defienda celosamente su posición y dignidad. Un espíritu tal se opone a la mansedumbre y humildad de Cristo." (9)

Por otra parte, es conveniente que los profesores, dentro de los límites que establece nuestro marco filosófico educacional, tengan a su vez un margen de autonomía en el planeamiento y evaluación del proceso de enseñanza/aprendizaje, bajo la asesoría y orientación de las autoridades académicas.

Reitero, no postulo transferir o compartir la autoridad, sino lograr relaciones interpersonales en que los alumnos den legítima retroalimentación a los profesores, los profesores a los directores, los directores a los alumnos, etc. Tales relaciones interpersonales no quitan el poder a las autoridades administrativas y/o académicas, sino que, muy por el contrario, proporcionan a éstas aun más influencia, gracias a la cohesión y al espíritu de cuerpo que surgen.

El respeto, factor esencial. El respeto a la persona implica el abandono de aquellas actitudes y expresiones despectivas que conllevan un daño psíquico y moral a través de la humillación, el desprecio y el ridículo. Significa tomar en consideración a todos, sin excepción. Implica mostrar un trato igualitario hacia las personas, por sobre sus diferencias individuales de cualquier orden. En el ámbito de la educación cristiana se debe vivir la Regla de Oro de Mateo 7:12, poniendo especial cuidado de no herir los sentimientos o la dignidad de unos y otros.

Determinando objetivos y contenidos en el aula cristiana

La filosofía educacional adventista concibe el proceso educativo no como simple transmisión de información, sino como un desarrollo de las potencialidades recibidas del Creador. En este proceso, la figura del educador adquiere enorme relevancia, pues ha de servir no tan sólo como instructor, sino también, y muy especialmente, como un compañero de ruta, un modelo a seguir para el educando. Si recordamos que uno de los principales propósitos de nuestros establecimientos educacionales es el de formar "caracteres suficientemente fuertes como para resistir los males de este mundo" (10), la relación profesor-alumno se torna vital para el logro de los objetivos planteados, pues el aprendizaje por modelamiento es el más efectivo a ese propósito.

Proponer, no imponer. Las metas académicas han sido tradicionalmente establecidas por los docentes. No obstante, los objetivos probablemente contribuirán más claramente a un clima consonante con la ética cristiana cuando no sean impuestos, sino que se formulen en relación con lo inmediato y cercano al campo vivencial de todos. Es decir, que sería aconsejable preguntarse cuáles sean los intereses, las metas, los objetivos y las preferencias que se comparten, a objeto de poder considerarlos en la planificación del quehacer docente. ¿Qué problemas podría ocasionarnos aceptar los objetivos emanados de los propios alumnos, si son consonantes con nuestra filosofía educacional? O bien ¿será inconveniente que, una vez que hemos determinado nuestros objetivos como docentes, los consultemos con nuestros estudiantes para ajustarlos o, incluso, para incorporar o eliminar algunos, según las necesidades e intereses detectados?

La literatura especializada confirma la factibilidad de un mejor logro de los objetivos educacionales a partir de relaciones interpersonales ricas y teñidas por el afecto. La determinación de los objetivos instruccionales puede ser una labor conjunta, en la cual se tengan en consideración los fines de la educación

adventista y las propias necesidades, los intereses y los valores de los alumnos (al menos los grupales). Sin embargo, es posible que en muchas ocasiones ellos no sepan cómo lograrlos; por tal razón, se justifica que el profesor pueda ayudarles a definir sus objetivos. En esta determinación conjunta de los objetivos y propósitos resulta fundamental la existencia del sustrato filosófico cristiano, que otorga a la acción educativa consistencia entre sus fines, decisiones y estrategias, impidiendo de este modo que se hagan presentes respuestas mecánicas a imposiciones externas sobre las necesidades e intereses de quienes están llamados a ser los protagonistas del proceso educativo.

Cognición y afectividad. En lo que dice relación con los contenidos, éstos rara vez emergen de la experiencia conjunta de profesores y alumnos, por lo que muestran un carácter vacío, carente de relevancia y significado para estos últimos. De allí entonces que la mente deje de lado las emociones, la afectividad. En este sentido, cabe hacer notar que en cada percepción humana se puede establecer diferencias entre la percepción de objetos externos en cuanto relevantes para los intereses humanos y en cuanto irrelevantes para los mismos (11).

Infelizmente, se suele sobredimensionar la importancia de los contenidos y los procesos cognitivos. La comprensión cognitiva no garantiza una conducta que armonice con la comprensión, debido a que la cognición está frecuentemente desconectada del nivel del sentimiento en el aprendizaje (12). Se necesita recuperar la relevancia en el aprendizaje, el contacto con el que aprende. Lo que falta, entonces, es un proceso en que se armonicen los elementos cognitivos y afectivos para un aprendizaje significativo.

Esa es la manera como Cristo enseñaba, presentando la verdad de modo que sus oyentes pudieran entrelazarla con sus recuerdos y afectos (13). Esto no significa abandonar la acumulación de información o la adquisición de destrezas, sino poner igual énfasis en encontrar aplicaciones al conocimiento y en comprender la propia emocionalidad.

Por consiguiente, como una buena manera de que la selección de los contenidos contribuya a la existencia de mejores relaciones interpersonales, aquéllos deben responder mejor a las necesidades e intereses de los estudiantes. Para ello, éstos necesitan poder participar en su selección, a objeto de asegurarse de que reflejen sus inquietudes y preocupaciones. ¿En qué consiste esta participación? Sencillamente en que sean consultados por el profesor. En la medida que así se haga, armonizando esta selección, por cierto, con aquéllos que el proyecto educativo de la institución considere relevantes como medios posibilitadores del descubrimiento de sí mismos y del crecimiento personal, con seguridad se podrá presenciar un nuevo despertar de la participación y del entusiasmo juveniles en la aventura del descubrimiento de nuevos conocimientos.

La ética cristiana y la disciplina

Como ya he señalado, la educación cristiana debiera incluir instrucción y desarrollo del carácter. "El carácter ha de recibir la debida disciplina para su desarrollo más noble y completo." (14). Por tal motivo, el clima cálido y afectivo que he descrito requiere, al mismo tiempo, de ciertas normas y reglas que proporcionen a cada uno un marco de referencia, a fin de asegurar una convivencia grata y segura, en el cual la libertad de cada individuo termine donde comienza la del otro y en donde se respeten los principios que constituyen el sustrato filosófico del proceso educativo que se lleva a cabo. La existencia de normas permite al individuo adaptarse mejor al grupo del que forma parte. Por las normas sabe qué comportamiento se espera de él y calibra lo que debe esperar del comportamiento de las personas que le rodean. Más aún, el conocimiento del código normativo del grupo crea en el individuo una sensación de pertenencia y de vivir en un mundo en el que puede prever los acontecimientos.

Las normas deben existir también en el aula y deben ser perfectamente conocidas por todos; algunas de ellas pueden formularse en conjunto con los alumnos, especialmente aquellas que no interfieren con las normas generales de la institución. Es muy importante, sí, que sean explicadas y fundamentadas, pues esto contribuirá a que sean aceptadas y respetadas de buen grado.

Una vez más, la libertad debe ir aparejada con la responsabilidad. Cuando se acentúa la responsabilidad a expensas de la libertad para hacer cambios, la represión de la libertad también suprime toda posibilidad de cambio. Como consecuencia, se refuerzan la situación de status quo y las reglas prevaletientes, resultando en una situación totalitaria o autoritaria. Por otra parte, cuando se enfatiza la libertad colectiva o individual sin acompañarla de un énfasis adecuado en la responsabilidad —cuando uno es responsable sólo ante sí mismo— pueden sobrevenir fácilmente la anarquía y el caos.

Disciplinar para redimir. En la institución educativa adventista sólo cabe una concepción redentora de la disciplina. Con frecuencia se intenta convencer o castigar para lograr conductas consideradas como deseables. Sin embargo, dando a los estudiantes más responsabilidades en la determinación de sus metas y proporcionándoles los medios para alcanzarlos, será más factible que manifiesten un comportamiento más en armonía con las reglas aceptadas por la comunidad educativa. Lo cual no significa debilidad ni permisivismo, pero sí mostrar confianza y aprobación, cualidades que harán más factible el autocontrol.

Se requiere firmeza, puesto que debe conducirse al alumno a conformar su propio patrón de conducta y a aceptar las consecuencias resultantes de ella. Sugiero que en lugar de buscar sanciones y penas como primera alternativa, se procure confrontar al alumno con sus propios ideales y su comportamiento presente. Esto requerirá presentar con claridad las situaciones negativas y

calificarlas como tales, aunque mostrando al mismo tiempo cómo corregirlas.

En este punto se torna vital el apoyo, en especial cuando se van logrando metas. Cristo mismo prefirió las palabras de ánimo y esperanza al reproche directo.

"Cristo reprendía fielmente... En todo ser humano, cualquiera fuese el nivel al cual hubiese caído, veía a un hijo de Dios que podía recobrar el privilegio de su relación divina." (15)

Quiere decir que Jesús percibía posibilidades en cada ser humano, a despecho de sus dificultades; por ello, les inspiraba a vivir una nueva vida. Para una tarea de tal magnitud, los maestros cristianos necesitamos deponer nuestra impaciencia y dureza, revelar ecuanimidad, simpatía y comprensión, tratar de ser justos y misericordiosos a la vez (difícil combinación que el Altísimo encarna maravillosamente) y, sobre todo, orar con nuestros alumnos.

Resulta, pues, fundamental tratar a cada uno como persona, como alguien a quien se respeta por su dignidad de hijo de Dios. Esta estrategia puede asegurar mejores resultados en el logro de la autodisciplina.

CONCLUSIONES

La cosmovisión adventista debe reflejarse en el programa académico, pero lo mismo debe acontecer con todas las actividades curriculares, sean éstas dentro o fuera del aula. Es por ello que la personalidad y el comportamiento del profesor son tan relevantes en este marco. En verdad, el docente cristiano representa el principal agente integrador, de allí que revistan suma importancia su interacción con los alumnos y su testimonio personal.

El amor es "el fundamento de la verdadera educación" y "la abnegación es la base de todo verdadero desarrollo" (16). Nuestras escuelas debieran caracterizarse por un clima marcado por el amor, propicio para el aprendizaje y para el libre flujo de la comunicación, con principios y normas fundados en el respeto por las personas, que favorezcan las relaciones abiertas y directas entre los diversos participantes del proceso educativo. De este modo la educación adventista podrá entregar a la sociedad personas que se sientan seguras de sí mismas y de los demás, capaces de pensar independientemente y de hacer su propio aprendizaje y de adoptar -por libre elección- una actitud de compromiso con los principios y valores cristianos.

El mundo y la iglesia necesitan urgentemente de gente que privilegie la cooperación por sobre la competencia, que valore debidamente las opiniones del otro y que aprecie y practique las relaciones interpersonales que el Evangelio de Cristo propugna.

APENDICE

CUESTIONARIO APLICADO A LOS ALUMNOS EGRESADOS DE COLEGIOS
SECUNDARIOS ADVENTISTAS DE SANTIAGO DE CHILE EN 1990

(Este cuestionario consiste en una serie de preguntas para las cuales se ofrecen cinco alternativas de respuesta. Los encuestados deben marcar aquélla que en su opinión mejor represente la situación que les parece más frecuente o habitual).

1. Tienes, generalmente, la oportunidad de dar tu opinión en clases?

- A. Me consultan con frecuencia
- B. Nunca tengo la oportunidad de opinar
- C. A los profesores no les preocupa mi opinión
- D. Muy rara vez puedo opinar
- E. Siempre me consultan

2. ¿Cómo proceden habitualmente tus profesores para la conformación de las directivas de curso?

- A. Nos piden queelijamos a los mejores alumnos
- B. Nos entregan ciertas pautas y luego dejan queelijamos
- C. Ellos mismos designan a los dirigentes
- D. Mientras nosotros hacemos la elección, ellos aprovechan para realizar otras actividades
- E. Nos supervisan, aunque sin intervenir en la elección

3. ¿A tu juicio, corresponden, por lo general, los objetivos planteados en las clases a los que tú mismo personalmente te has propuesto?

- A. Sí, siempre
- B. Nunca
- C. Es algo que no tengo claro
- D. Generalmente sí
- E. Sólo en contadas ocasiones

4. ¿Cuál es la reacción más habitual de los profesores frente a un alumno que no cumple con sus asignaciones?

- A. No decir nada
- B. Llamarle la atención
- C. Conversar con él y juntos buscar una solución
- D. Informar para que se le apliquen sanciones
- E. Hacerle ver las consecuencias de su actitud

5. ¿Cuál es la conducta que más frecuentemente observas en los profesores?

- A. Conversar con nosotros solamente cuando se produce una situación problemática
- B. Compartir con nosotros espontánea y cordialmente, aunque no haya dificultades
- C. Encerrarse en la Sala de Profesores, despreocupándose de nosotros
- D. Señalarnos modos de comportamiento cuando se producen problemas
- E. Darnos órdenes permanentemente, con o sin explicaciones

6. ¿Qué es lo más usual cuando un profesor aplica una evaluación escrita?

- A. Lee el diario sin importarle lo que hacemos
- B. Nos habla de la honestidad y luego abandona el aula
- C. Nos vigila atentamente y registra nuestros escritorios
- D. Antes de comenzar, nos amenaza con drásticas sanciones si se nos sorprende en actitudes deshonestas
- E. Nos invita a ser honestos y luego nos vigila discretamente

7. ¿Crees que los contenidos que se desarrollan coinciden con los que a ti te gustaría, de acuerdo con tus planes para el futuro?

- A. Siempre coinciden
- B. Por lo general coinciden
- C. En ocasiones coinciden
- D. Ni a mí ni a los profesores nos preocupa este asunto
- E. Nunca coinciden

8. ¿Cómo reaccionan la mayoría de los profesores cuando ocurre un problema disciplinario?

- A. Se limitan a darnos sanciones
- B. Nos sancionan, pero escuchan nuestras explicaciones
- C. Nos hacen ver el error y nos dejan decidir cómo enmendarlo
- D. No hacen nada, limitándose a observar lo que pasa
- E. Nos hacen ver la falta y nos aconsejan cómo corregirla

9. ¿Qué ocurre, generalmente, cuando quieres contarle a un profesor un problema que te preocupa?

- A. Me escuchan y me ofrecen posibles caminos de solución
- B. Ni siquiera me escuchan, pero me dicen lo que debo hacer
- C. Me orientan para que yo mismo descubra la solución
- D. Me escuchan y me señalan lo que ellos creen que debo hacer
- E. Ninguno me escucha, o me escuchan sin atenderme de verdad

10. ¿Qué hacen casi siempre los profesores con los alumnos que obtienen bajas calificaciones?

- A. Llamam a sus padres y conversan con ellos
- B. Se limitan a registrarlas
- C. Los invitan a mejorar y les proponen posibles soluciones
- D. Tratan de ayudarles, averiguando las causas y haciéndoles tomar conciencia de la situación
- E. Informan por escrito a los padres

11. Cuando un profesor planifica una actividad de grupo, probablemente lo que ocurre es lo siguiente;

- A. Cada uno decide si quiere trabajar o no
- B. El profesor decide el tamaño y cantidad de los grupos; nosotros sólo decidimos con quiénes trabajar
- C. Nosotros conformamos los grupos según nuestras preferencias, sin importar su tamaño o número
- D. El profesor sugiere la cantidad de grupos, pero nosotros decidimos con cuáles y con cuántos compañeros trabajar
- E. El profesor forma los grupos a su gusto

12. ¿Cuál crees que ha sido tu rol más usual en las clases?

- A. Proponer las acciones a desarrollar
- B. Opinar solamente cuando me lo permiten
- C. Aceptar siempre lo que dicen los profesores
- D. He tenido el papel que yo he querido, sin importarme lo que se espera de mí
- E. Analizar lo que dicen los profesores para ver si puedo aceptarlo

13. ¿Cuánta confianza sientes que te tienen la mayoría de tus profesores?

- A. Les da igual si digo o no la verdad
- B. Creen en mi palabra, aunque discutan mis explicaciones
- C. Parecen aceptar mis explicaciones, pero igual me vigilan
- D. No me creen, a pesar de que dé explicaciones
- E. Oyen mis explicaciones y esperan de mí el cambio necesario

14. ¿Cuál de las siguientes opciones refleja mejor tu sentir respecto al modo predominante en que se determinan los objetivos en las clases?

- A. Corresponden a lo que le interesa a los profesores
- B. Corresponden a lo que le interesa al Director
- C. Corresponden a lo que nos interesa a mí y al profesor
- D. Corresponden a lo que nos interesa a todos los alumnos
- E. A nadie le importan los objetivos

15. ¿Cómo se seleccionan los contenidos en el aula, generalmente?

- A. Los profesores nos consultan y luego deciden
- B. El Director determina cuáles deben desarrollarse
- C. Los profesores piden que el curso los seleccione
- D. A nadie preocupa qué contenidos se elijan
- E. Los selecciona la Oficina de Asesoría Pedagógica

RESULTADOS Y CONCLUSIONES.

El 39% de los encuestados opinó que sus profesores no consideran sus sugerencias, aunque sean bien fundadas; es decir, piensan que el consultar su opinión es sólo una formalidad y no obedece a un real interés por conocer su parecer.

El 73% de los alumnos considera que es negativo que sea sólo el profesor el que hable durante las clases, en tanto que los alumnos se mantienen sin intervenir.

El 39% de ellos opina que los contenidos no son los que ellos preferirían, aunque los consideran buenos.

En términos generales, es en el aspecto de los contenidos curriculares donde los alumnos perciben una actitud dirigista más acentuada de parte de los docentes, dado que se sienten escasamente incorporados en su selección, situación que varía en el terreno de las decisiones extracurriculares, donde se les ofrece mayor oportunidad de participación. Lo mismo ocurre, aun cuando en un tono algo menor, en la determinación de los objetivos de aprendizaje y, en general, en todo lo que atañe al proceso de enseñanza/aprendizaje.

En suma, puede decirse que es en las variables curriculares que implican una interacción profesor/alumno de preferencia fuera del aula donde los estudiantes perciben mayor apertura y flexibilidad de parte de sus profesores adventistas, lo cual parece indicar que nos mostramos más abiertos y dispuestos a escuchar cuando no están las clases de por medio.

Este comportamiento aparentemente contradictorio, abierto y democrático fuera del aula, pero más dirigista y lejano cuando se entra en materias de orden académico, fue confirmado por los profesores de los colegios incluidos en este estudio, los cuales reconocieron una conducta fluctuante en su interacción con los estudiantes, aunque sin haberse percatado de ello anteriormente.

Cabe hacer notar, por último, que la muestra utilizada estaba constituida por alumnos adventistas y no adventistas, pese a lo cual las pruebas estadísticas no revelaron diferencias significativas entre la percepción de unos y otros.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) Ellen G. de White, *La Educaci3n*, Bs. Aires, ACES, 1964, p. 74
- (2) Ellen G. de White, *La Educaci3n Cristiana*, Bs. Aires, ACES, 1963, p. 109.
- (3) _____, *La Educaci3n*, p. 80
- (4) _____, citado por Cadwalader en *Filosofia b3sica de la educaci3n adventista*, Centro de Investigaci3n White, Villa Libertador San Mart3n, Entre R3os, Argentina, 1993, 97.
- (5) _____, *2 Joyas de los Testimonios*, Vol. 2, Bs. Aires, ACES, 1970, p. 238
- (6) _____, *La Educaci3n*, p. 226
- (7) *Ibid*, p. 15
- (8) Salom3n, D. y Oberlander, M., "Localizaci3n del control en el aula", en *Aportaciones de la Psicolog3a a la Educaci3n*, Madrid, Anaya, 1980, 125.
- (9) White, *Consejos para los Maestros*, Mountain View, California, Pacific Press Publishing Association, 1971, p. 221.
- (10) *Ibid*, p. 196.
- (11) Maslow, Abraham, *El Hombre Autorrealizado*, Barcelona, Editorial Kairbs, 1976, p. 115.
- (12) Read, D. y Simon, S., *Humanistic Education Sourcebook*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice Hall, Inc., 1978, p. 92.
- (13) E.G. de White, *Ubreros Evang3licos*, Bs. Aires, ACES, 1971, p. 45.
- (14) _____, *Consejos para los Maestros*, p. 85.
- (15) _____, *La Educaci3n*, p. 283.
- (16) *Ibid*, p. 75.
- (17) *Ibid*, pp. 13-14,